

LA CONEXIÓN INTERMITENTE ENTRE EL PROGRESO POLÍTICO Y EL ECONÓMICO*

Albert O. Hirschman

En este artículo se sostiene que la relación entre el progreso económico y político de ningún modo es fácil, directa y “funcional”. Los enfoques habituales postulan tres nexos posibles entre ambas variables: de concomitancia (ambas marchan de la mano), de exclusión mutua (la una ha de sacrificarse en pro de la otra) y de secuencia en el tiempo (primero se ha de alcanzar una y luego la otra). Hirschman plantea que el nexo entre ambos dominios, el económico y el político, es de carácter intermitente: “una conexión de acoplamientos y desacoplamientos, de alternancia entre la interdependencia y la autonomía”. Y especialmente cuando la relación causal inicial va del ámbito económico al político —se señala— la institucionalidad

ALBERT O. HIRSCHMAN. Profesor investigador del Institute for Advanced Study, Princeton, New Jersey. En su vasta trayectoria académica ha sido profesor de Economía Política en las universidades de Columbia y de Harvard. Autor, entre otros, de *The Strategy of Economic Development* (Yale University Press, 1958); *Journeys Toward Progress* (The Twentieth Century Fund, Inc., 1963, 1973); su libro más reciente es *The Rethoric of Reaction* (Harvard University Press, 1992).

* “The On-And-Off Connection between Political and Economic Progress”, ponencia presentada en la sesión “El papel de la democracia para alcanzar una sociedad justa y próspera”, en el 106 Congreso Anual de la American Economic Association efectuado entre el 3 y el 5 de enero de 1994 en Boston, Massachusetts. Publicada originalmente en *American Economic Review, Papers and Proceedings*, vol. 82, 2 (mayo de 1994). © American Economic Association 1994. La presente traducción del Centro de Estudios Públicos cuenta con la debida autorización.

política puede adquirir después “vida propia”, como ocurrió en España tras la muerte de Franco y en Alemania durante el Tercer Reich.

Por otro lado, advierte el autor, están las conexiones (entre lo político y lo económico) de los casos particulares: conexiones “intrincadas y a menudo irrepetibles [...] que parecen más bien ardides que la historia se guarda en la manga”. En consecuencia, sugiere Hirschman, quizás la mejor vía para avanzar en este difícil tópico radica en comenzar a examinar el repertorio de esas estrategias.

Si se piensa que la evolución de un país hacia la democracia es la esencia del progreso político y su avance hacia una sociedad justa y próspera constituye el progreso económico, el tema de nuestra sesión de hoy es, pura y simplemente, la relación entre el progreso económico y el político. Dicha relación ha solido percibirse a través de unas pocas alternativas de modalidades funcionales, tales como:

1. “Todas las cosas buenas van juntas”. El progreso económico engendra el progreso político, y viceversa: ambos factores marchan armónicamente de la mano.
2. A continuación está la visión opuesta, y pesimista, de que “todo tiene un costo” o de que “nada es gratis”, lo cual en el presente contexto significa que el progreso económico impone necesariamente un costo en la esfera política o viceversa: los avances políticos ponen en peligro invariablemente el progreso económico.
3. Una tercera opción, e intermedia, puede rotularse como *per aspera ad astra*: durante un período inicial, el progreso económico marcha a solas, en tanto el político ha de refrenarse o incluso ser revertido, sacrificándose en beneficio de la economía en crecimiento; en un segundo período, se cosecha la recompensa de ese sacrificio temporal a medida que el progreso político se pone al día. El proceso opuesto, en que el progreso económico es transitoriamente sacrificado en beneficio del avance en lo político, ha sido articulado con menos frecuencia, pero tiene, de todas formas, cierto asidero en la realidad. Aquí ambas variables evolucionan de acuerdo a un patrón algo más complejo, como en la proposición de Simon Kuznet acerca de la relación curvilínea entre el crecimiento económico y la desigualdad, o como ocurre en mis propios modelos de crecimiento desequilibrado o de “navegar contra el viento” (Hirschman 1992, pp. 26-33).

1. De la economía a la política: El “efecto *ratchet*” y otras metáforas asociadas

En el intento de establecer la verdadera naturaleza de la conexión entre el progreso político y económico se ha descubierto que estos varios patrones prevalecen en algunos países durante ciertos períodos, pero hoy está meridianamente claro que ninguno de ellos puede alegar en su favor ser predominante. Esto queda convincentemente demostrado en el artículo reciente de Adam Przeworski y Fernando Limongi “Los regímenes políticos y el crecimiento económico” [“Political Regimes and Economic Growth”]. Su revisión cuidadosa y global de la literatura es, al final, decidida y desalentadoramente poco concluyente. Dadas las circunstancias, la última frase del artículo nos sugiere una mueca burlona: “Evidentemente, el impacto que tienen los regímenes políticos en el crecimiento es una cuestión abierta a la reflexión y la investigación”.

Una reacción posible ante esta dificultad de establecer una conexión sólida entre el progreso económico y el progreso político consiste en volver sobre la idea de que la economía y la política son dos dominios absolutamente separados. Como Stephan Haggard y Robert Kaufman lo advirtieron, los científicos políticos han analizado en buena medida la ola reciente de democratización en América Latina y Asia en esos términos autónomos. Lo cual bien puede reflejar un desencanto con cierta modalidad de análisis de los acontecimientos políticos en los años sesenta y setenta —muy popular por algún tiempo, pero hoy descartada—, que representó un esfuerzo último por entender esos eventos —en particular, el giro hacia el autoritarismo durante ese período— en términos de las fuerzas económicas “subyacentes”.

Pero bien puede ser que esta vuelta atrás, para proclamar la autonomía de la política y la economía, constituya una reacción desmesurada. Ambos dominios exhiben de hecho muchos nexos entre sí, que se vuelven muy íntimos en cierto momento para luego evaporarse. El problema estriba en que no hemos querido —o nuestros constructores de modelos han sido incapaces— de pensar en términos de *conexiones intermitentes*,* o de *acomplamientos y desacoplamientos*, o de *alternancias entre la interdependencia y la autonomía*. Quisiera revisar aquí algunos de los modos de pensar en dichos términos. Con este fin, vale la pena escudriñar en el lenguaje habitual, al igual que en el campo del mito. Puesto que esas conexiones

* La expresión “on-and-off” usada por el autor se ha traducido aquí y más adelante como “intermitente”. (N. del T.)

intermitentes han sido experimentadas una y otra vez, el mito, el lenguaje y ocasionalmente el pensamiento social han suscitado una serie de historias y expresiones que apuntan efectivamente hacia lo que es preciso entender.

Permítaseme, en primer lugar, recordar aquí una metáfora del ámbito de las labores manuales que fue traspasada al lenguaje de la economía hace unos cuarenta años. Me refiero al “efecto *ratchet*”. James Duesenberry creó dicho término para describir el comportamiento del consumo asociado al ingreso durante el ciclo económico: el consumo es una función creciente del ingreso en la medida que este último aumenta, pero se resiste a seguir al ingreso en la curva decreciente, como ocurre en una recesión cuando la gente echa mano a sus ahorros para mantener, al menos por un tiempo, su nivel de vida acostumbrado. He aquí, precisamente, la idea del desacoplamiento (o desenganche o desconexión), esto es, de una relación funcional que deja de operar en algún punto.

Hace algún tiempo, me topé con una situación parecida en un contexto de crecimiento. Durante los años ochenta, cuando los índices del desempeño económico decayeron o disminuyeron en algunos países latinoamericanos a raíz del impacto de la crisis del endeudamiento, ciertos indicadores sociales relevantes, como los de mortalidad infantil, analfabetismo y grado de control de la natalidad, siguieron exhibiendo una mejoría (Hirschman, 1987, pp. 11-12). Dichas mejorías habían ocurrido primero en respuesta al alza de los ingresos, pero ahora parecían haber adquirido “vida propia”. En algún punto, ellas dejaron de estar estrechamente ligadas a las “fluctuaciones caprichosas” del ingreso. En la medida que tales avances sociales se debían a procesos de aprendizaje, se volvieron irreversibles y generaron sus propios procesos de difusión. Tales procesos son esenciales para entender el crecimiento y el desarrollo.

El que un comportamiento que suscita resistencias en principio y es adquirido únicamente bajo la influencia de ciertos incentivos extrínsecos (positivos o negativos) se vuelva irreversible queda bien resumido por la expresión de que ese comportamiento se convierte eventualmente en una “segunda naturaleza”. Buena parte del aprendizaje consiste, de hecho, en este misterioso proceso a través del cual *un comportamiento adquirido bajo coacción* (porque va en contra de la “naturaleza primigenia”) *se convierte en una “segunda naturaleza”*. Y no se ha acabado de asumir en toda su extensión el hecho de que este proceso —el reemplazo de incentivos extrínsecos por incentivos intrínsecos para cierto comportamiento— es precisamente lo contrario del “desplazamiento” [“crowding out”] de la motivación intrínseca como resultado de la introducción de recompensas

extrínsecas (habitualmente monetarias).¹ Pareciera que el proceso de “transformación en una segunda naturaleza” ha suscitado menos interés que el de “desplazamiento”, quizás porque es de buen augurio en lugar de ser preocupante.

Volviendo ahora del lenguaje habitual a las ciencias sociales: Daniel Bell ha empleado el término “disyunción” para describir la forma en que la vida cultural y artística de las sociedades modernas no refleja ya más la evolución de la sociedad y la economía en general. Con ese término se quería dar cuenta del disenso con ciertos autores en el campo de la sociología, desde Marx a Durkheim y Talcott Parsons, que habían cultivado una visión de la sociedad como un todo integrado. En el esquema marxista, por ejemplo, se supone que la cultura, la “superestructura”, se corresponde en cierto modo con la economía y la sociedad (la “infraestructura”). Por consiguiente, desde la perspectiva de ese esquema, cuando la cultura adquiere “vida propia”, parece justo hablar de disyunción: algo que se suponía estaba controlado por otra cosa, adquiere autonomía. Curiosamente, a pesar de sus sólidas convicciones no-marxistas, Bell veía esta autonomía como algo vagamente anormal y amenazante.

Esa interpretación negativa se hace patente en un cuento de hadas o mito que refleja una vez más la noción de desacoplamiento. Es la historia del aprendiz de brujo, quien, a diferencia de su maestro, resulta incapaz de controlar las fuerzas que ha liberado. No cuesta tanto dar con procesos sociales del tipo “aprendiz de brujo”. En Estados Unidos, por ejemplo, el Estatuto de Prohibición de 1919-1920 originó la irrupción de las grandes organizaciones del crimen que crearon redes ilegales de producción y distribución de bebidas alcohólicas. Pero la revocación de la “prohibición” en los años treinta no hizo desaparecer el crimen en gran escala (Thomas Schelling, p. 178). De modo parecido, los procesos antes descritos como el “efecto *ratchet*” y “adquirir vida propia” conllevan un potencial tanto para el bien como para el mal. Sólo cuando se dice que un comportamiento determinado se ha convertido en una “segunda naturaleza”, se está asumiendo normalmente que estamos en presencia de un genuino aprendizaje. Incluso a dicho proceso puede dársele en ocasiones una interpretación negativa por la vía de presentarlo como el fruto de un “lavado de cerebro”.

Ciertas conexiones importantes entre el progreso (o el deterioro) económico y político quedan mejor descritas con los conceptos recién expresados, en particular cuando la relación causal inicial va de lo econó-

¹ Como lo describiera memorablemente Richard Titmuss, lo revisara Robert Lane y, en fecha reciente, lo analizara nuevamente Bruno Frey.

mico a lo político, como ocurre en los dos ejemplos siguientes, y bien conocidos.

El vigoroso desarrollo de la economía española en las tres décadas que siguieron a la posguerra contribuyó de muy diversas maneras a socavar al régimen autoritario instaurado por Franco al término de la Guerra Civil. Tras la muerte del longevo dictador en 1975, se puso en marcha una transición relativamente suave a la democracia. Pero justo entonces la crisis internacional del petróleo frenó temporalmente la expansión económica y desencadenó el desempleo en gran escala. Por fortuna, las nuevas instituciones democráticas fueron capaces de adquirir “vida propia” y de convertirse en una “segunda naturaleza” para la sociedad española (Juan Linz y Alfred Stepan, pp. 43-46).

El caso contrario queda ejemplificado trágicamente por la historia de Alemania en la primera mitad de este siglo. En este caso, lo que hubo fue el ascenso de Hitler, que se vio significativamente apoyado por fuerzas económicas: la Gran Depresión y el subsecuente desempleo masivo. Entonces, ya en el poder de uno de los países más avanzados en términos técnicos y culturales, el régimen nazi siguió su curso “autónomo” para suprimir la democracia, desencadenar la guerra y llevar a cabo un genocidio.

2. Del progreso político al económico:

Hacia la configuración de un repertorio de los ardides de la historia

Al investigar las conexiones entre la economía y la política, hemos solido dar atención preferente a las secuencias donde los acontecimientos económicos influyen y moldean claramente el ámbito de lo político. Pero como quedara ejemplificado recién, lo político tiene su manera de asumir el control, de desligarse de lo económico, en concordancia con el esquema “intermitente”. En cuanto a los ejemplos de una secuencia opuesta, en la que lo político sería el principal motor, ellos no suelen venírse nos a la mente con igual rapidez, pero puede ser útil proceder por analogía con los casos español y alemán. Esto implica examinar las secuencias de eventos, partiendo con algún avance importante hacia la democracia para luego echar una ojeada a las consecuencias económicas. Aquí surge una diferencia básica entre el cambio económico y el político: es más probable que este último resulte algo más discontinuo que el primero. Los avances hacia la democracia no han solido producirse por una “expansión democrática” gradual, sino por el derrocamiento de un régimen opresivo o porque se ha promulgado una ley de reforma electoral que ha ampliado el derecho a sufragio.

A raíz de que tales progresos democráticos son de la clase que ocurre típicamente una sola vez, buena parte del análisis de las consecuencias económicas del cambio político culmina siendo un ejercicio de estática comparada. Se compara el desempeño económico de los países democráticos y no-democráticos, con la esperanza de concluir que los primeros lo hacen mejor en el ámbito económico. Un ejemplo temprano de esta forma de enunciar el problema es el bien conocido aforismo de Adam Smith: “Para que un Estado pase de la barbarie más abyecta a una situación de gran opulencia, sólo se requiere de paz, impuestos llevaderos y una administración tolerable de justicia” (Dugald Stewart, 1858, p. 68).

Caben aquí dos acotaciones. Dicha noción presume que todo lo que se requiere para que haya crecimiento económico es un conjunto de prerequisites como paz, derechos de propiedad asegurados, etc. Dado ese conjunto, se espera que la economía adquiera “vida propia”, sin necesidad de ulterior interacción entre las fuerzas económicas y políticas. Pero dicha interacción existe obviamente sobre una base continua y es preciso entenderla. En segundo lugar, es dudosa la utilidad de las proposiciones acerca de los prerequisites políticos del crecimiento económico. No es de gran ayuda el llamado a los países carentes de “democracia” o de “paz” a conseguir ambas al unísono y procurarse tales bendiciones. Si un país es incapaz de frenar la guerra fratricida en su seno para detener la matanza, ¿existe alguna probabilidad de que lo haga para alcanzar una mejor tasa de crecimiento?

No quiero parecer enteramente negativo a este respecto. La estática comparada tiene su utilidad. Un ejemplo de ello es la afirmación de Amartya Sen (1983, 1994) en el sentido de que un país como la India, con una prensa razonablemente libre, capaz y deseosa de denunciar las condiciones y abusos intolerables, tiene más oportunidades de evitar las hambrunas que un país autoritario como China. Aunque sólo sea por eso, semejante hallazgo supone una hendidura muy sugerente.

Con todo, la tarea principal de la economía política sigue siendo una mejor comprensión de las interacciones *en curso* entre la política y la economía. No intentar aquí la construcción de pilares teóricos equivale, en rigor, a evadir una oportunidad real, a la luz de las características propias de una sociedad pluralista y de mercado. A medida que esta sociedad genera nueva riqueza, engendra a la vez ciertos problemas de desigualdad emergente y deterioros regionales o sectoriales a menudo injustos o que son percibidos como tales. De aquí afloran, en el ámbito político, demandas de reformas y acción política. A su vez, tales reformas y medidas tienen consecuencias económicas.

Los economistas políticos no nos han brindado muchas generalizaciones o conjeturas en este campo, quizás por buenas razones. ¿Qué podemos decir, en rigor, acerca de las consecuencias que probablemente pueden tener los progresos democráticos y sociales sobre el crecimiento económico? Sin un conocimiento detallado de la naturaleza de esos progresos y de las circunstancias históricas circundantes, parece absurdo aventurar una respuesta. Un progreso democrático puede bien inaugurar o poner término a una era de inestabilidad política y conducir así al declive o al crecimiento económico.

Afortunadamente, los antecedentes históricos nos hacen dudar de semejante indeterminación absoluta, al menos en el caso de los países con las economías más avanzadas de Europa Occidental y América del Norte. Tales países son a la vez los que han introducido —en forma discontinua— una sucesión de reformas políticas y sociales en las últimas dos centurias. ¿Se sigue de ello que esos avances “democráticos” han tenido, globalmente considerados, un efecto estabilizador y han mejorado el “clima de inversión” de manera que el crecimiento económico pudiese cobrar fuerza?

Esa es una conjetura más bien sorprendente, en parte porque contradice frontalmente la famosa afirmación de Tocqueville de que en Francia los intentos de reforma previos a 1789 y en la fase más temprana de la Revolución tuvieron efectos fatalmente desestabilizadores sobre el *ancien régime*. Por cierto, fue notable la intuición de Tocqueville respecto de los acontecimientos que se propuso analizar. Pero, precisamente porque la Revolución francesa hizo surgir expectativas generalizadas de que su historia de progresiva radicalización era susceptible de repetirse, las reformas subsiguientes jugaron a menudo un rol distinto, autolimitante y estabilizador. Quiero adelantar ahora una posible explicación, elaborando lo que yo denomino la “tesis del riesgo” en *The Rhetoric of Reaction*, mi libro más reciente. Con dicho término expreso al argumento de que una reforma sugerida en un momento habrá de comprometer los logros previos, un argumento que jugó un rol central en la historia de la oposición a la reforma en el siglo XIX.

Tras la Revolución francesa, los progresos democráticos y sociales fueron combatidos con dientes y uñas por las fuerzas “reaccionarias”, ahora sobre aviso y muy articuladas: cada avance fue denunciado como un sinónimo de revolución y como un factor de anulación de los avances previos hacia la “libertad”. Pero luego, tras haberse introducido una reforma a pesar de tan enérgica oposición, a menudo ocurrió, para gran sorpresa nuestra, que la reforma, ese famoso “salto en la oscuridad”, *pudo ser sobrellevada*. El fruto de ello fue un alivio enorme entre los dueños del capital, estabilización política y un período de crecimiento económico y prosperidad sostenida.

Esta interpretación nos sugiere la existencia de un ciclo económico político que estaría determinado por cada oleada de reformas. La preocupación y alarma que suscita la propuesta de una reforma y la agitación asociada a ella producen una caída de la inversión, la que luego rebota una vez que la reforma ha sido aprobada y está siendo asimilada. Cuanto más convincentes sean las advertencias acerca de las desastrosas consecuencias de una reforma, más vigoroso habrá de ser el auge real luego que la reforma sea aprobada y las advertencias descartadas.

Dicha secuencia viene sugerida por la historia de cómo las ardientemente cuestionadas Leyes de Reforma de 1832 y 1867 en Inglaterra tuvieron apacibles y prósperas consecuencias. Sería interesante examinar si este patrón, en cierto sentido paradójico, vale para sustentar episodios similares en otros países. Pero los economistas familiarizados con modelos de expectativas racionales no debieran quedar mayormente sorprendidos si determinadas profecías de desestabilización a la Tocqueville resultan autorrefutadas antes que autocumplidas.

Obviamente, yo mismo no confiaría demasiado en el mecanismo que he esbozado aquí. Sería una locura alentar a los “reaccionarios” para que hagan planteamientos airados acerca de las consecuencias nefastas que acarrearía la reforma propuesta, con la calculadora intención de generar un sentimiento de alivio y, a partir de allí, un auge económico, una vez aprobada la reforma y habiéndose demostrado que ella no era todo lo desastrosa que se esperaba. Aun cuando esta conjunción de acontecimientos haya “funcionado” algunas veces en el pasado, no cabe confiar en que ella vuelva a funcionar otra vez. Samuel Johnson advirtió en cierta ocasión en contra de esa altivez intelectual que podría llevarnos a actuar sobre la base de tales supuestas conclusiones. En su novela filosófica *Rasselas*, escribió: “El hombre no conoce hasta ahora la relación de las causas y los hechos de manera tal que pueda aventurarse a hacer lo incorrecto para conseguir lo correcto” (Samuel Johnson, cap. 34, p. 576).

¿Cuál es el punto, entonces, de mi argumentación? Tan sólo afirmar una vez más que el progreso político y el económico no están ligados de ningún modo fácil, directo y “funcional”. Existen las múltiples conexiones intermitentes de la primera parte de este artículo. Luego vienen las historias particulares, intrincadas y a menudo irrepetibles, como las que acabo de contar, todas las cuales parecen más bien ardidés que la historia se guarda en la manga, en lugar de regularidades científico-sociales, para no hablar de leyes. Hacer un inventario al respecto e investigar el repertorio de esas estrategias constituye, a mi parecer, una forma adecuadamente modesta de lograr un avance en el difícil tema que nos ocupa.

Referencias Bibliográficas

- Bell, Daniel. *The Cultural Contradictions of Capitalism*. Nueva York: Basic Books, 1976.
- Duesenberry, James. *Income, Saving, and the Theory of Consumer Behavior*. Cambridge, MA: Harvard University Press, 1949.
- Frey, Bruno S. "Tertium Datur: Pricing, Regulation and Intrinsic Motivation." *Kylos*, 45 (2), (1992), pp. 161-184.
- Haggard, Stephan y Kaufman, Robert R. "Economic Adjustment and the Prospects for Democracy". En Stephen Haggard y Robert Kaufmann, eds., *The Politics of Economic Adjustment*. Princeton, NJ: Princeton University Press, 1992, pp. 319-350.
- Hirschman, Albert O. "The Political Economy of Latin American Development: Seven Exercises in Retrospection". *Latin American Research Review*, 22 (3), (1987), pp. 7-36.
- *The Rhetoric of Reaction*. Cambridge, MA: Harvard University Press, 1991.
- "A Dissenter's Confession: *The Strategy of Economic Development Revisited*". En *Rival views of Market Society and Other Recent Essays*. Cambridge, MA: Harvard University Press, 1992, pp. 3-34.
- Johnson, Samuel. *Rasselas, poems and selected prose*. Nueva York: Rinehart and Winston, 1958.
- Kuznets, Simon. "Economic Growth and Income Inequality". *American Economic Review*, 45 (1), (marzo 1955), pp. 1-28.
- Lane, Robert E. *The market experience*. Cambridge University Press, 1991.
- Linz, Juan y Stephan, Alfred. "Political Crafting of Democratic Consolidation or Destruction: European and South American Comparisons". En R.A. Pastor, ed., *Democracy in the Americas*. Nueva York: Holmes & Meier, 1989, pp. 41-60.
- Przeworski, Adam y Limongi, Fernando. "Political Regimes and Economic Growth". *Journal of Economic Perspectives*, 7 (3) (verano 1993), pp. 51-69.
- Schelling, Thomas C. *Choice and Consequence*. Cambridge, MA: Harvard University Press, 1984.
- Sen, Amartya. "Development: Which Way Now?". *Economic Journal*, 93, (diciembre 1983), pp. 745-762.
- "Freedoms and Needs". *New Republic*, 10-17 (enero 1994), pp. 31-38.
- Stewart, Dugald. "Account of the Life and Writings of Adam Smith". En *Collected Works*, Vol. X. Edinburgh: Constable, 1858.
- Titmuss, Richard M. *The Gift Relationship*. Londres: Allen and Unwin, 1970. □